

Homenaje a Francisco Varela: Para Recordar a un Amigo

A Tribute to Francisco Varela: Remembering a Friend

Eugenio Rodríguez

Pontificia Universidad Católica de Chile

Hoy caminé infructuosamente por las avenidas del cementerio de *Pere Lachaise* buscando conversar una última vez con Francisco. Como pocas veces en París -generalmente tan gris- hoy brillaba el sol, y una brisa suave llevaba y traía el canto de los pájaros.

Pero el silencio que me ayudaba a pensar no me aligeraba sin embargo la tarea. -¿Qué puede uno decir ante la muerte de un amigo?-. Ante el infinito de la muerte toda idea me parece estrecha, toda afirmación arrogante, todo elogio parece mezquino, o vulgar.

Sin embargo, Francisco Varela ha muerto, y yo debo intentar dar testimonio de lo que fue trabajar y compartir con él durante estos últimos años de su vida.

A medida que nuestra amistad progresaba, cuestiones y preguntas sobre el sentido de la vida y sobre nuestro lugar en ella comenzaron a aparecer en nuestra conversación diaria en el laboratorio. Al cabo llegamos a ser, lo que no puedo llamar de otra forma que, amigos espirituales. El nombre es pomposo, lo sé, pero ¿cómo expresarlo de otra forma?

Francisco era un hombre que amaba la vida como cada uno de nosotros, y parecía disfrutarla más que muchos. Y como no conozco las palabras que podrían conjurar el pesar que me causa su partida, me limitaré a recordar una conversación que sostuvimos una tarde, poco después de su operación. Esa tarde Francisco se hallaba de un humor contemplativo, y como de costumbre en esos casos, yo aproveché de instalarme en su oficina para conversar con él.

La conversación derivó lentamente de nuestro último proyecto científico a su reciente viaje a India para reunirse con el Dalai Lama. Francisco habló de aeropuertos, de rutas poliorientales bajo el sol, y de la alegría de poder compartir con alguien de la estatura humana del Dalai Lama.

Entonces súbitamente se quedó en silencio y con una mirada distante comenzó a decir; “es extraña y difícil nuestra situación, Rodríguez (así solía llamarme), somos científicos, tratando con toda honestidad de entender la conciencia en términos de redes de sincronía neural...dinámicas estables, estados emergentes y todas esas cosas (Varela, Lachaux, Rodríguez & Martinerie, 2001), y sin embargo, en el fondo, ni tú ni yo creemos que eso lo explique todo... la meditación, la práctica espiritual, nos hace percibir, o quizá creer, que la conciencia es una cosa más profunda y misteriosa. Fue por eso –me dijo– que comencé esa serie de reuniones con el Dalai Lama. Tratando de buscar un acercamiento entre mi yo científico y mi yo budista. ¿Has leído el libro?” (Varela & Hayward, 1997).

“Claro”, le dije, “aprendí varias cosas y entre otras, que el concepto de Karma se refiere a las relaciones de causa-efecto gatilladas por los actos del hombre. Y, eso me sugirió una idea que quería compartir. Se me ocurrió que un aspecto central, y quizás definitorio, de la conciencia es la capacidad de percibir las redes de causas y efectos que se extienden en torno al sujeto consciente.”

Francisco pensó un instante y dijo “esa idea es harto interesante porque se aplica por igual a las nociones de conciencia noética y autonética de Tulving” (Tulving, 1985).

“Sí”, le dije, “y también se puede aplicar al concepto moral o espiritual de conciencia. Una persona con un estado de conciencia más evolucionado o expandido sería aquella que es capaz de percibir un espacio mayor de la red causal en que vive, y sobre todo la que genera con sus actos...se me ocurre que por eso los budistas dicen que el sufrimiento es resultado de la ignorancia (o inconsciencia), no del pecado”.

“Bueno” -dijo Francisco- “tu interpretación es un poco heterodoxa pero me gusta. Creo que tenemos que seguir dándole vueltas a esa idea...”

Y nuestra conversación continuó así. Yendo y viniendo, avanzando y retrocediendo por diversos derroteros. La tarde comenzó a caer y yo hice la pregunta que haría que aquella conversación, entre tantas otras, quedara imborrablemente grabada en mi memoria.

“Bueno Francisco” -le pregunté- “qué te parece a ti. ¿Qué busca un científico en el budismo? o mejor aún, ¿qué buscas tú?”

Francisco pensó unos segundos y me dijo “si me hubieras preguntado lo mismo hace algunos años no sé lo que te habría respondido. Durante años practiqué la meditación guiado por una vaga impresión de que me hacía bien. Que me hacía sentir más feliz. Ahora estoy convencido que todos esos años de práctica me han servido para enfrentar con más calma estos momentos de mi enfermedad. Para que veas a lo que me refiero, hay una historia que te quiero contar”.

Y siguió diciendo, “cuando me avisaron que estaba primero en la lista de espera para el trasplante, comencé a llevar conmigo un celular. A todas partes donde iba, debía llevar mi celular... esperando el llamado para el trasplante... Una noche habíamos ido al cine con Amy y el celular sonó. El pelo se me erizó de miedo y corrimos con Amy al hospital”.

“Y entonces” -me dijo- “en esas circunstancias, tú te das cuenta de la verdad de la enseñanza budista, que tanto has estudiado sin poderla entender. En un instante percibes la red de fantasías que constituyen la vida del hombre, y a las que con tanta fuerza nos aferramos...”

“Llegando al hospital lo primero que pierdes es tu posición social. Ya no eres el científico prestigioso, no importa que seas rico o pobre, eres un paciente más y tu opinión pesa tan poco como el aire.

Luego te hacen entrar al preoperatorio, donde Amy no podía venir. Haz sido despojado de tu familia y estás solo.

Luego te desnudan, te lavan y te afeitan, ¡hasta tus pelos debes dejar atrás!

Y cuando te llevan al pabellón comprendes que puedes morir. Y entonces” -me dijo- “en ese momento comprendí, que no pueden quitártelo todo. Puedes dejar tu cuerpo en esa sala, pero hay algo más profundo. Algo que no puedo nombrar ni comprender pero que es, lo que uno realmente es. Eso, que verdaderamente eres tú, no puede ser arrebatado, y la muerte no lo ha de tocar”.

“Con esa comprensión, con esa claridad absoluta entré al pabellón. Y ya no sentía ningún miedo...”

Después de esas palabras nos quedamos unos instantes en silencio, entonces me levanté y volví a trabajar en mi computador.

De Francisco yo aprendí muchísimas cosas. Él me enseñó el oficio de hacer ciencia, el pensamiento formal y la escritura rigurosa. Sobre política y religión tuvimos incontables conversaciones, debates y peleas. Pero la conversación de esa tarde, que hoy he querido compartir con ustedes, es la enseñanza más grande que yo recibí de mi amigo Francisco Varela.

Referencias

- Varela, F., Lachaux, J. P., Rodriguez, E. & Martinerie, J. (2001). The brainweb: Phase synchronization and large-scale integration. *Nature Reviews Neuroscience*, 2, 229-239.
- Varela, F. & Hayward, J. (Eds.). (1997). *Un puente para dos miradas*. Santiago: Dolmen.
- Tulving, E. (1985). How many memory systems are there? *American Psychology*, 40, 385-398.